

El único realismo democrático

Alemania va viento en popa. Pero su éxito, su opulencia, su hegemonía pueden acarrear la desventura de Europa. Los primeros en preocuparse por ello deberían ser los propios alemanes. ¿Son acaso conscientes de lo que podría significar la propagación de emociones como el resentimiento, la envidia o el miedo respecto a Alemania? Sentimientos populares, sencillísimos de instigar, dados los fantasmas de una no lejana supuesta superioridad hegemónica con la que otra Alemania desencadenó la última guerra mundial.

Europa, para existir, debe tender a la unidad y a la homogeneidad, por lo menos en determinados aspectos irrenunciables. Si se convierte en una camisa de fuerza entre realidades cada vez más divergentes en términos de bienestar, la cohabitación (aunque solo sea económico-financiera) se volverá imposible. Hoy la opulencia de Alemania, cada vez más *über alles* en términos de bienestar y de hegemonía política,



PAOLO FLORES D'ARCAIS

Para construir un futuro con menos conflictos, Europa debe reducir las desigualdades

no evoca una Europa como futuro hogar común, sino las instituciones de Bruselas y Estrasburgo como sucursales de Fráncfort y Berlín.

Es pura propaganda chovinista la que proclama la pereza del Sur frente a la laboriosidad del Norte. La brecha de productividad nace del peso que en Grecia, Italia y la península Ibérica tienen la corrupción, la evasión fiscal, la negligencia burocrática (y en Italia —¿solo en Italia?— las mafias), todos ellos problemas exquisitamente políticos que tienen tanto que ver con la supuesta naturalidad de los pueblos como la velocidad con el tocino.

En esencia, el mecanismo es sencillo: antaño, un país en crisis recuperaba competitividad en los mercados mediante la devaluación de su moneda. Con el euro, este recurso se ha vuelto imposible, de modo que un país estancado y en peligro de deflación solo puede aspirar al relanzamiento económico a través de una drástica reducción de los salarios o me-

dante una política keynesiana de revitalización del gasto público. Pero la primera solución —además de ser injusta en sí misma— provoca tensiones sociales insostenibles y reduce la demanda interna, mientras que la deflación conlleva automáticamente un aumento de la deuda pública real: efectos que agravan la crisis.

En consecuencia, ser virtuoso hoy, desde un punto de vista europeo, no puede significar el recurso al hacha del "rigor" liberal, que enriquece a Alemania y empobrece a los países en crisis. Solo puede significar la construcción de un futuro de menores conflictos a través de la constante y asintótica reducción de las desigualdades, tanto entre los países del continente como dentro de cada uno de ellos.

Por tanto, para que los países que Merkel, Schäuble y Weidmann consideran "viciosos" puedan volver a ser virtuosos se requiere ante todo una recuperación de la producción a través de políticas keynesianas, es decir, un

aumento del gasto público. Que no acabe disipándose, naturalmente, en la corrupción y en el entramado político-económico (con componentes frecuentemente mafiosos) o despilarrado en los sofocantes meandros de burocratismos kalfianos. Lo que significa que una política europea virtuosa no puede limitarse a la moneda y a la agricultura (puntos de conflicto), sino que ha de extenderse a una legislación común en muchos campos: la lucha contra la criminalidad, la corrupción y la evasión fiscal, mayores derechos para los trabajadores, compromiso medioambiental, defensa del Estado de bienestar, más garantías para una información libre e imparcial...

No habrá futuro europeo, sin embargo, mientras algunos países funcionen como "ejército industrial proletario de reserva" para permitir a las empresas reducir los salarios. Así que digámoslo sin rodeos: solo se saldrá de la crisis económica y de la crisis del

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

El Estado Islámico y la batalla del fin del mundo

La capacidad del ser humano de pervertir el mensaje religioso es infinita. Si el amor y perdón radical de Jesús no impidió la quema de brujas y de herejes del siglo XVI, no nos ha de extrañar que el mensaje de Muhammad, cuyo reino sí era de este mundo, se vea transformado en la barbarie neofascista practicada por el Estado Islámico.

Su lógica se asienta en tres elementos fundamentales: la mitificación de los orígenes del islam, la interpretación fundamentalista de los textos escatológicos del fin de los tiempos y la proclamación de que efectivamente estamos viviendo estos tiempos finales. El éxito de la llamada a la yihad (por más que represente solo a una ínfima minoría de los musulmanes) se basa en que la mayor parte de estos han sido educados en una mitificación de sus orígenes y en una lectura fundamentalista de los textos.

La invasión americana de Irak y la guerra siria han permitido el caos suficiente para que este grupo haya podido interpretarlo como el preludio de la gran batalla final en la que saldrán victoriosos los que vivan literalmente como los primeros musulmanes. La última comunidad será como la primera, de ahí que en sus escritos se esfuerzan en ver paralelismos entre los sucesos del siglo VII y los del siglo XXI. Igual que los primeros musulmanes crearon el primer Estado Islámico al emigrar hacia Medina dejando atrás sus casas y sus familias infieles, también ahora se hace una llamada obligatoria a todo musulmán para emigrar hacia el Estado Islámico definitivo, localizado precisamente donde se espera que se produzca la gran batalla final. Dábiq, en Siria, frente a la frontera



JAUME FLAQUER

No debe quedar duda de que el islam mayoritario condena a los yihadistas

turca. Esta reunión de musulmanes de todas las razas y países no deja de resonar positivamente en un anhelo común de la comunidad islámica: la superación de las divisiones históricas para volver a la unidad originaria.

De ahí que uno de los enemigos del Estado Islámico sean los diversos nacionalismos árabes surgidos después de la época colonial y alimentados por sus dictadores para mantenerse en el poder. Por ello, su llamada enlaza con la crítica a la corrupción y división de los países árabes y con la aspiración de volver a ser una gran comunidad triunfadora. En los países europeos, donde

numerosos inmigrantes o hijos de inmigrantes no consiguen sentirse ni de aquí ni del país de sus orígenes, pueden dejarse tentar por esta llamada a la superación de fronteras que integra la épica de toda ideología totalizante.

Esta épica es la gran dinamizadora de los luchadores por Alá. La literatura apocalíptica de todas las tradiciones, alcanzando también al cine actual, hace volar la imaginación hacia una batalla definitiva entre el bien y el mal donde toda creatura debe elegir entre un bando u otro. Su objetivo no es más que ayudar a vivir las dificultades del presente. El error consiste en "historizar" los

miles de relatos medievales sobre el fin de los tiempos dándoles una localización exacta precisamente en Siria: la batalla final, la aparición del Mahdi, el descenso de Jesús y la aniquilación del Anticristo junto con la de todos los infieles. Esa batalla será contra los cruzados y sus aliados, y permitirá conquistar Roma, esclavizar a sus mujeres y poner la bandera del Estado Islámico sobre el Vaticano.

Ese momento ha llegado, y hay que situarse bajo la bandera del bien, refundando el Estado Islámico primitivo. Por ello este grupo considera como enemigos incluso a otros yihadistas que luchan contra Israel o EE UU pero que no pretenden fundar un Estado. La llamada a alistarse es universal, y por eso su revista de propaganda es en inglés con una maquetación impecable. Se piden soldados, pero también ingenieros, médicos, informáticos, científicos, predicadores, etcétera, para poder desarrollar el Estado.

No debe quedar la duda a nadie de que el islam mayoritario condena a este grupo. Y no puede ser de otro modo porque este considera infiel a todo musulmán que viva en Occidente o en cualquier país musulmán donde no impere la ley islámica estricta. Pero no le vencerá ni con armas ni con condenas sino con una desmitologización y un verdadero estudio crítico sobre sus orígenes. Mientras, el islam seguirá engendrando hijos terroristas no deseados, y Occidente les dará de comer con su nefasta política exterior.

Jaume Flaquer, jesuita, es responsable del área teológica de Cristianismo i Justícia.

FORGES

